

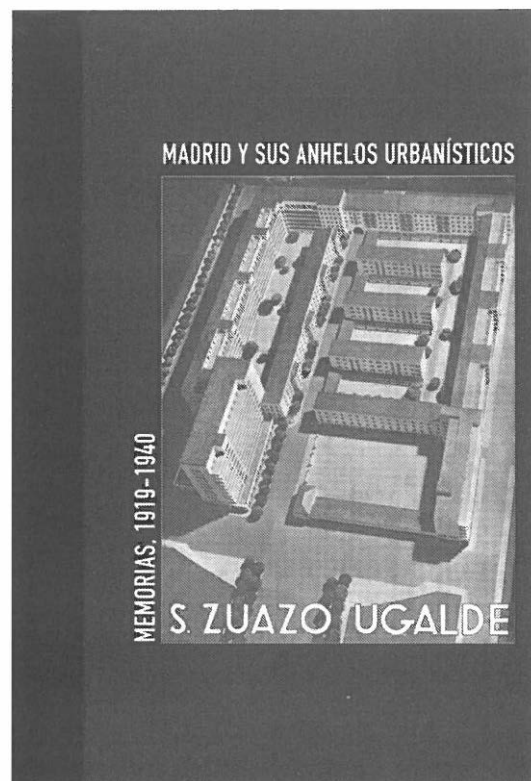
RESEÑAS

SECUNDINO ZUAZO UGALDE. *Madrid y sus anhelos urbanísticos. Memorias inéditas de Secundino Zuazo. 1919-1940*. Introducción y edición de Carlos Sambricio. Madrid: Comunidad de Madrid, Editorial Nerea, 2003, 421 pp. y 41 ils.

Bajo el título *Madrid y sus anhelos urbanísticos. Memorias inéditas de Secundino Zuazo. 1919-1940*, el profesor Carlos Sambricio ha preparado la edición de las memorias que había dejado inéditas el arquitecto y urbanista Secundino Zuazo (Bilbao, 1887; Madrid, 1970) precedidas por un extenso y profundo estudio introductorio. Zuazo, “maestro indiscutible de la arquitectura madrileña”, como lo califica Sambricio, ocupa un lugar destacado en la historia de la arquitectura y del urbanismo contemporáneo en España por ser el autor de la Casa de las Flores (Madrid, 1928) y por sus proyectos urbanos para diferentes capitales españolas. Para Granada proyectó la sede del Banco de España en la Gran Vía de Colón (1933).

Siendo tan escasa la literatura de memorias entre los arquitectos españoles, pues poco más se puede añadir a lo publicado por Gabriel Alomar (*Memorias de un urbanista, 1939-1979*) o, más recientemente, por Oriol Bohigas (*Desde los años inciertos*), las de Zuazo constituyen un raro e interesante ejemplo de lo que puede llegar a ser el ejercicio personal de la memoria. De las tres copias que se conocen del texto inédito de Zuazo, escrito un año antes de su muerte, la que ha servido para la edición que comentamos es la que el autor entregó a Fernando García Mercadal con ocasión del disgusto que provocó en Zuazo la censura del texto realizada por Carlos de Miguel, director de la revista *Arquitectura*, para la publicación de las mismas en un número monográfico de la citada revista, que finalmente aparecería en 1970. Fue precisamente García Mercadal quien entregó a Sambricio la copia del manuscrito que ahora ha servido para la edición de las memorias. El texto editado es realmente una parte de lo que Zuazo redactó pocos meses antes de morir, la correspondiente a los años 1919-1940; la otra, desde su regreso a España en 1943 y hasta su muerte, es un manuscrito en forma de borrador que no se ha considerado en condiciones de ser publicado.

Decepciona, en cierto modo, que las Memorias de Zuazo presten tan poca atención a cuestiones relacionadas con el debate de ideas y proyectos arquitectónicos, tan intenso e importante en los años veinte y treinta. La explicación nos la da el profesor Sambricio al destacar el sobresaliente interés de Zuazo por los grandes problemas que afectan a la ciudad —especialmente Madrid, pero también otras ciudades españolas— cuando deben afrontar en muy precarias condiciones su extensión y desarrollo bajo poco o nada favorables circunstancias políticas, financieras y legislativas. Se diría que Zuazo tiene especial interés en aclarar primero, a modo de ajuste de cuentas con la ciudad, cuáles fueron sus principios y concepciones urbanísticas, por encima y antes de cualquier reflexión



más teórica sobre el problema arquitectónico. En sus memorias no aparece nada relevante sobre sus primeros años en Bilbao, sobre los años de formación académica, o sobre los arquitectos que pudieran haber ejercido mayor influencia en aquella etapa.

La personalidad y trayectoria profesional de Secundino Zuazo bien puede quedar establecida, tras la publicación de sus memorias y el estudio de Sambricio, como una rara síntesis de arquitecto y hombre de negocios —poco frecuente entre los arquitectos españoles de su época— interesado por todo lo referente a la promoción de proyectos urbanos o inmobiliarios. Como se desprende de la lectura de sus memorias y del análisis de su personalidad que realiza el profesor Sambricio, Zuazo se nos ofrece como un técnico alejado, o incluso desinteresado, de los debates arquitectónicos del momento, tanto si se trataba de un bando o de otro, de la defensa de la vanguardia o del alegato a favor de una modernidad basada en la revisión de la tradición y de los valores de lo popular. Nada nos dice sobre la arquitectura madrileña de aquellos años, o sobre la recepción de la vanguardia racionalista y las discusiones que suscitó a favor o en contra. Para Sambricio, Zuazo cede en sus memorias todo el protagonismo a la ciudad y su territorio.

Precisamente por esto, determinados episodios de la vida profesional de Zuazo aparecen convenientemente destacados por su autor. Advertimos así qué es lo que más le preocupa; qué es, en definitiva, lo que considera realmente importante para ser relatado con detalle y minuciosidad. En sus memorias surgen como hechos decisivos de su vida profesional los viajes realizados en 1920 a París y Londres; en estas ciudades se produce según Sambricio el “quiebro en su formación” y su profunda creencia en la práctica liberal del urbanismo. Seducido por la obra de Hausmann —advértase el tono entusiasta con el que detalla la complejidad de la obra realizada por el prefecto del Sena—, Zuazo reconoce haber encontrado en la capital francesa un “curso práctico de enseñanzas urbanísticas” como no se impartía en ningún centro académico de su época de estudiante: “¡Cuántas enseñanzas para un hombre como yo! ¡Cuántos ejemplos inolvidables!”, termina exclamando como resumen de su aprendizaje en París. La asistencia al congreso de Londres sobre Habitación y Ciudad, junto a otros técnicos españoles enviados por el Instituto de Reformas Sociales, le permitió conocer cuantos planteamientos eran posibles en materias de tanta trascendencia como la construcción de viviendas “baratas” y la planificación urbana. Pero además, el conocimiento de lo realizado por Charles Buls en Bruselas le hace ser muy crítico con respecto al bucólico modelo urbano de la ciudad-jardín, que todavía gozaba de gran prestigio en esos años en toda Europa, advirtiendo las ventajas de la opción tipológica del bloque y la ordenación más densa, pero, sobre todo, le convence de la importancia de llegar a definir un modelo urbano en el que fuera imprescindible la cooperación de los agentes privados interesados en la empresa de construir la ciudad. Con tales convicciones, Zuazo participará en los debates de la Conferencia sobre la Edificación (1923) —en la que se ocupó de la ponencia sobre la participación de las entidades bancarias en la construcción—, en la Exposición sobre la Construcción y la Habitación (1925) y en el Congreso Nacional de Urbanismo (1926); acontecimientos de suma importancia para conocer la evolución de sus criterios técnicos y profesionales. Son también los años de intensa actividad en proyectos para Bilbao, Sevilla y Zaragoza, aprovechando, en las dos últimas ciudades, los nuevos beneficios que brindaba el Estatuto Municipal de 1924 promulgado por Primo de Rivera.

“Más que las teorías —puede leerse en las memorias— me atraieron los problemas concretos que presentan siempre los varios aspectos que dificultan la vida normal en toda urbe”. Hasta ahora, quienes se habían ocupado de analizar la figura de Zuazo habían descuidado resaltar un aspecto de su trabajo profesional que con la publicación de las memorias y el estudio de Sambricio ya no puede pasar desapercibido. Las aportaciones más novedosas que encontramos gracias a la publicación y el estudio llevado a cabo por Sambricio consisten en poner de relieve la condición personal de Zuazo como urbanista-arquitecto-empresario inmobiliario (cual moderno Nash, me atrevo a sugerir), em-

peñado en hacer posibles sus sueños manteniendo siempre —como dice en sus memorias— “los pies en terreno firme” y sabiendo atender a “la razón de la economía urbana”. Pero además, el estudio de Sambricio aporta importantes datos y reflexiones acerca de los colaboradores extranjeros (todos alemanes) del estudio de Zuazo en los años treinta; aclara, tras su investigación en los archivos alemanes, cuál fue el reparto de tareas entre Zuazo y Hermann Jansen en el concurso de 1929; y profundiza en los apoyos que recibió de Indalecio Prieto y Manuel Azaña.

Si en las memorias hay poco de arquitectura y mucho más de urbanismo, constituyendo además un intenso relato de las circunstancias políticas vividas por Zuazo en el Madrid de la Dictadura de Primo de Rivera y de la República, es porque su autor nos está descubriendo un aspecto fundamental de su personalidad; Zuazo se define como técnico comprometido con la gestión de los intereses, tanto públicos como privados, que debe conciliar en el proceso de construir la ciudad, y, por lo tanto, se encuentra obligado a intervenir muy directamente en la política de la que depende, en último extremo, la viabilidad y el éxito de sus concepciones y proyectos. Por la importancia de los mismos, Zuazo aparece —y así sobresale en sus memorias— en el centro de los conflictos políticos que se mantuvieron abiertos entre el Gobierno de la Nación y el Ayuntamiento de Madrid, durante la República, cuando se plantearon cuestiones de extrema importancia para el desarrollo urbanístico y la expansión de Madrid como capital de región.

Los años treinta fueron la década de más intensa actividad de Zuazo, por lo que no puede extrañar que el relato de acontecimientos ocurridos entonces ocupe numerosas páginas de las memorias ahora publicadas. Podríamos decir que todo surgió a partir de la convocatoria por parte del Ayuntamiento de Madrid del concurso internacional de 1929. Convencido por Fernando García Mercadal, Zuazo decide participar formando equipo con el arquitecto y urbanista alemán Hermann Jansen. Nos adentramos desde ese instante en un detallado relato de las circunstancias que enturbiaron el buen desarrollo de los acontecimientos. Los hechos derivados del concurso de 1929 ocupan una parte muy extensa, fundamental y del máximo interés en las memorias de Zuazo. La narración del conflicto político subyacente en cuantas decisiones fueron adoptando el gobierno de la nación y el ayuntamiento de Madrid emerge como protagonista fundamental del texto; y en consecuencia, Sambricio también dedica muchas páginas de su brillante estudio preliminar al análisis pormenorizado de cuantas incidencias y polémicas se fueron sucediendo desde el año 1929 hasta el final de la Guerra Civil y la caída de la República. Para Zuazo, el Madrid de aquellos años veinte carecía de “rumbo urbanístico”, por lo que la creación en 1928 de la oficina municipal encargada de elaborar la información básica necesaria para afrontar con garantías el crecimiento y desarrollo de la urbe, le merece la consideración de un “hecho memorable”. Y en efecto, la memoria publicada al año siguiente con el título “Información sobre la ciudad” resultó ser un documento decisivo para la historia urbana de la capital. Allí se contenía, entre otras, la recomendación para la prolongación de la Castellana, que desde esa fecha ocuparía un lugar preferente en los esfuerzos de Zuazo por conseguir un “rumbo” modélico para el crecimiento y desarrollo de la ciudad.

Como es sabido, el fallo del concurso fue declarar desierto el primer premio; pero ahora sabemos mejor cómo sucedieron los acontecimientos y el encargo final recibido del alcalde de Madrid para el desarrollo del proyecto que habían presentado conjuntamente Zuazo y Jansen. Desde el principio, el asunto más polémico fue la forma de ordenar la prolongación de la Castellana, enfrentándose Zuazo por una parte a los técnicos del Ayuntamiento y, por otra, a la “dura realidad” de tener que modificar sus primeras soluciones para “hacerla aceptable financieramente”: es decir, la Castellana se hacía menos verde a cambio de mayores superficies construibles que la hicieran interesante para el capital. Aún así, la ordenación del conjunto prevista por Zuazo resultaba mucho más “grandiosa” y “unitaria” de lo que terminó siendo con el paso de los años, como él mismo lamenta en sus memorias, dolido por lo que había llegado a ser ese eje urbano en manos de otros ya en los años sesenta.

Leyendo las memorias de Zuazo podríamos terminar pensando que no son las de un arquitecto; ni siquiera, si se me apura, las de un urbanista. Son las de un analista y gestor de los asuntos y acontecimientos que determinan poderosamente la transformación de la ciudad. Al hilo de ellos va surgiendo en las memorias una cuestión clave: las relaciones que Zuazo mantuvo con políticos como Prieto, ministro de Obras Públicas, y Azaña, presidente del Gobierno. Zuazo narra, desde la perspectiva que le corresponde como técnico preocupado por el futuro urbano de Madrid, el conflicto político que estuvo presente en el seno del partido socialista. Aun siendo extremadamente importante el apoyo que recibió de Indalecio Prieto, cuando éste no pudo mantenerlo (Zuazo llega a señalar la “incalificable blandura de Prieto”), lo que ahora conocemos mucho mejor es el permanente respaldo que recibió de Manuel Azaña. Azaña, en efecto, había manifestado su interés por transformar el “poblachón mal construido” que era Madrid en una “gran capital” y, cuando se hizo más tensa la relación con los concejales socialistas del ayuntamiento madrileño, no dudó en respaldar a Zuazo; éste lo menciona en varios lugares en sus memorias, y llega a decir del presidente que “compartía mis ideas” sobre cómo conseguirlo, pues frente al radicalismo político o la falta de preparación técnica de sus rivales en el ayuntamiento, “...lo que yo proponía era el hacer europeo”. “Quisieron ver en mis actuaciones —se lee en las memorias— a un técnico burgués y capitalista y yo no era más que un técnico a la europea; ni capitalista, ni socialista, ni nada”.

Ya se ha destacado como un aspecto característico de las memorias de Zuazo que en ellas hay pocas referencias a cuestiones arquitectónicas, frente a la máxima preocupación por tratar los principales problemas urbanísticos en los que a lo largo de su vida se había visto involucrado. Buena parte de sus alusiones a temas arquitectónicos vienen dadas por lo que para él no dejaban de ser, en realidad, más que dos grandes asuntos urbanos: la Casa de las Flores y la construcción de los Nuevos Ministerios. Como él mismo nos dice en sus memorias, el proyecto del edificio del barrio madrileño de Argüelles no era más que un proyecto demostrativo del que podría derivarse un modelo urbano a desarrollar en la ordenación de la Castellana. La “Casa de las Flores” —esa “bella casa” en la que “estallaban los geranios” según Pablo Neruda, habitante de la misma entre 1934-1936— era, en efecto, un caso de investigación urbano-arquitectónica para servir de ejemplo y tipo en otras zonas de la ciudad ordenadas racionalmente. Y en cuantas veces alude al proyecto de los Nuevos Ministerios, Zuazo no pierde la ocasión de mostrar su interés por el modelo urbano y arquitectónico de El Escorial, edificio al que dedicó años de estudio que culminaron con su recepción en la Academia de San Fernando. Su propósito queda bien explícito al señalar que desea “modernizar” la idea más fecunda y característica que encuentra en el monasterio, la plaza como lonja: “Lonjas sobrias, espacios libres ponderados y calles, ayudando a las arquitecturas. Así serían las que proyectase para esta obra trascendental. Solo obra de arquitectura, tierra desnuda y pavimentos pétreos, sin jardines, sin árboles”.

Si el ideal arquitectónico de Zuazo había sido lograr el “entronque moderno con la arquitectura revolucionaria que levantó Felipe II” —así leemos en las memorias—, su anhelo urbanístico el haber dirigido los planes y obras de reconstrucción tras la guerra, y el penoso exilio interior en Canarias, luego prolongado con resignación hasta su muerte, bien pudiera haber hecho finalizar sus memorias con las mismas palabras que un contemporáneo utilizó para las suyas: “Al final ya no queda más que escepticismo” (Albert Speer).

ÁNGEL ISAC

Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.